

CAPITULO XVIII.

Los funerales de una boda.

Camino de Venecia á Spoleto iban, despues de los sucesos descritos, tres personas: Lucrecia, Brígida y Serafin. Lucrecia montaba una hacanea blanca, Brígida una burra parda y Serafin andaba á pie. La fama que de caritativo tenia éste se aumentó en términos de cortarle el paso é interrumpirle la marcha el pueblo por todas partes. No solamente le pedian limosná los necesitados y la obtenian de los recursos ideados por su inagotable gracia para llevar las sobras del rico á las necesidades del pobre, sino que le pedian medicinas los enfermos y consuelos y esperanzas los desesperados. Desde los tiempos de San Francisco no se habia visto por Italia un hombre igual, así en el esplendor de la virtud como en el estro de la predicacion, así en la fluidez de la palabra como en la fecundidad y eficacia de las obras. Su ternura, casi de mujer, no reñida con la varonil energía, extendiase desde los hombres hasta los animales. El grito de la pobre viuda y el arrullo de la tórtola solitaria, el lamento de la madre infeliz que perdiera sus hijos y el pío de la avecilla que perdiera su nido le desgarraban el corazon. Desde que llegó á la plenitud de su vida y á la madurez de su juicio no volvió á alimentarse, como uos alimentamos los demas mortales, de la muerte. El pan de cada dia, el vino fortificante, las frutas y las yerbas y las legumbres bastábanle para el necesario sustento. Incapaz de cometer ninguna falta á sabiendas, ni de caer en ningun vicio, buscaba como el Redentor, la compañía de los descarriados, mucho mas necesitados seguramente de él que los virtuosos. En su largo viaje á Spoleto aconsejó, socorrió, curó, consoló á cuantos, conociéndole y no conociéndole, acudian á su

inagotable caridad. El milagro de la multiplicacion de los panes y los peces parecia reproducirse á todas horas en sus acciones, segun el número de necesitados y de necesidades que socorria por doquier. Cualquiera le hubiese creido escapado de los tiempos evangélicos, ungido de la predileccion celeste, y con el don de lo sobrenatural, segun lo extraordinario de sus virtudes y lo maravilloso de sus obras. Bien hubiera podido decirse que Serafin era el último representante del heroismo monástico en la Edad Media, si no viviera y no se educara ya en su tiempo el inmortal Savonarola. Hasta la irreconciliable enemistad que tenia con la Iglesia en su sentir paganizada, y la creencia herética en la revelacion de un nuevo Evangelio, que, inspirado por la voz de su conciencia, heria los hábitos de su vida y los sentimientos propios de su educacion católica, le llevaban á contrastar algun remordimiento que interrumpia su sueño y alguna duda que taladraba su mente con la pureza inmaculada de la vida y la ardiente caridad en las acciones. No es maravilla que el viaje á Spoleto fuera como un reguero indeleble de buenas obras. Prolongólo unas veces, interrumpiólo otras por predicar la mansedumbre á un señor empeñado en ahorcar á cuantos le decian la más mínima palabra; por asistir á un enfermo que se moria y necesitaba de su inspiracion médica nacida del corazon y no de la ciencia; por enterrar á un leproso, cuyo cadáver yacía abandonado á los perros y á los cuervos; por partir su pan con los hambrientos, su hábito con los desnudos, su tranquilidad con los atribulados. Y como el bien siempre favorece aun á aquellos que más desinteresadamente lo hacen, á este acompañamiento de muchedumbres exaltadas y á esta irregularidad en la ruta se debió el que varios bandidos apostados por Montaperto no lograran su encargo de robar á Lucrecia y arrancarla á los brazos amantes de Filippo Lippi.

Por fin llegaron cerca de Spoleto, no sin que Brígida diese un gran suspiro.

—¿Por qué suspiras? mujer.

Le preguntó Lucrecia.

—Porque no comprendo cómo haya en el mundo quien cambie Florencia la divina por esta triste Spoleto.

—No la cambiamos, respondió Lucrecia, habitaremos aquí mientras Filippo deba pintar en la Iglesia mayor la capilla de la Virgen.

—Pero vais á celebrar ahí vuestro matrimonio.

—Justamente. Para eso nos hemos procurado de las autoridades eclesiásticas todos los correspondientes permisos. ¿Querías tú que nos casáramos en Florencia?

—¿Pues no lo habia de querer? Allí la boda hubiera sido una fiesta, mientras que aquí será un entierro.

—Despues de cuanto ha ocurrido, replicó Lucrecia, festejar la boda equivaldria á herir dos corazones; el de mi padre y el de Guido.

—Pues cada cual tiene su manera de matar pulgas. Dígote, que que si yo me casara á mi gusto contra la voluntad de álguien, que Dios me perdone, pero daria á tragar á ese álguien mucho, muchísimo cordelejo.

—Si nos dejáramos mover del deseo de Filippo, quedaríanse atrás las bodas más ruidosas de la Italia antigua y moderna. Músicas dulcísimas llenarian los aires, comparsas alegres danzarian alrededor nuestro, extenderíanse sobre las cabezas de los desposados doseles movibles, y nos servirian de sosten alazanes rapidísimos: en cada calle habria un carro representando los atributos de la hermosura ó las peripecias del amor, en cada plaza sendas cabalgatas por los lados y vistoso teatro en el centro, al llegar á la iglesia un jardin bajo toldos de seda y sobre alfombras de Persia, dentro de la iglesia una gloria.

—Pues, francamente, me pareceria todo eso de perlas para expresion de la alegría que debe retozar en vosotros por haber llegado al logro de tantos deseos como os habrán quemado la sangre.

—¿Qué quieres? Pues yo siento mi alegría de otra suerte. Tambien debe la felicidad tener su pudor como la desgracia. Ya es hora de que Filippo deje de embargar la atencion del mundo con sus aventuras y con sus hazañas. Todo el tiempo que ha perdido en la plaza debe ganarlo ahora en el hogar. Una casita retirada y modesta, de jardin frondoso y de mesa limpia, han de bastarle á mi lado. ¿Para qué mayor espacio? Un estudio donde tenga todo lo indispensable á su arte, ha de ser su verdadero campo de batalla. ¿Para qué mayores luchas? Una vida tranquila y sosegada ha de parecerle más amable que todas las aventuras. ¿Para qué otras emociones? Ya que tanto me ama, debe reducirse á mi amor. ¿Para qué otra felicidad? Hé ahí cuanto quiero y cuanto pienso: la soledad á su lado, el retiro de dos, un olvido eterno del mundo para acordarnos sólo de nosotros mismos y de nuestra mútua ventura.

—Pues me parece que lo vas á conseguir como no lo impida el diablo, que á veces se interpone en los mejores deseos del hombre y en las mejores obras de Dios.

—Todo lo he conseguido con la virtud que más aleja y más vence al diablo, con la oracion.

—¿Y no te acuerdas de una persona que parece empeñada en procurar tu desgracia eterna y su implacable venganza al mismo tiempo?

—¿De quién?

—De Guido Montaperto.

—Por Dios, no me recuerdes á ese hombre.

—Serafin.

Gritó Brígida para distraer á su dama de los pensamientos que ella misma habia suscitado.

—¿Qué?

Preguntó el fraile, apartado por completo de la conversacion y absorto en la contemplacion interior del propio pensamiento.

—Debemos llegar al sitio donde Lippi nos aguarda, siguiendo las órdenes de Lucrecia, que le ha mandado no dar un paso adelante ni atrás.

—Aún está algo léjos.

Respondió secamente el fraile.

En efecto; Lippi se encaminaba á la hora convenida y al sitio convenido, llevándose tras sí todos sus discípulos y todos sus domésticos, para que presenciaran la boda y vieran su felicidad. Segun lo convenido entre ambos, desde el sitio mismo de la reunion, debian dirigirse á la iglesia, donde el sacerdote los aguardaba, y desde la iglesia á casa, donde les aguardaba la deseada ventura. Una vez que, en cambio de precioso cuadro, regalara el gran Ghiberthi cincelada copa al gran pintor, juró éste que si alguna vez se casaba con Lucrecia, habia de libar en aquella maravilla del arte el primer vino que, despues de la ceremonia y al llegar á casa, bebieran juntos en señal de la eterna union de sus almas. A mayor abundamiento, este vino debia ser de la primera viña que comprara con el producto de su primer cuadro. Así lo tenia con gran cuidado en primorosa redomilla. Tan fuertemente estaba arraigada la idea en la inteligencia de Lippi y el propósito en la voluntad que, ántes de salir para esperar á Lucrecia, puso en plato de oro la copa, y junto á la copa la redoma. Y depositando todos estos objetos en la mesa, cerró su casa y dejó sola completamente su habitacion, llevándose consigo todos sus discípulos y aún á todos sus domésticos.

No bien la habitacion se habia cerrado, cuando apareció por una ventana Guido Montaperto. En el siniestro relampaguear de sus ojos, en el resuello entrecortado de su pecho, en el rechinar de sus dientes, en la crispadura de todos sus miembros, notábase que traía alguna criminal idea. Entraba en aquel sitio como entra el ladrón y el asesino en sitios vedados por la conciencia y por las leyes. Así, al menor ruido, se estremecía y casi daba un paso atrás como para lanzarse en busca de la ventana y desaparecer súbitamente. Mas una idea fija le detenía y le inspiraba resoluciones tan extremas como las que otras muchas veces hemos visto en el desarrollo de su pasión y de su vida. En efecto; aproximóse á la mesa donde Lippi habia dejado la copa y la redoma y las examinó detenidamente. Después de este exámen sacó de su alquicel un pomo y quiso abrirlo. Pero el tapon se resistió largo tiempo como si hasta los objetos inanimados negaran complicidad á sus intentos. Un sudor frío bañó la frente del noble toscano y una especie de vértigo cegó sus ojos. Así como el instinto de la vida se extrema en todos nuestros peligros, el mandato de la conciencia se extrema á su vez en todas nuestras faltas y en todos nuestros errores. Lo cierto es que Guido dejó caer la cabeza sobre el pecho y se reconcentró un momento sobre la idea del terrible acto que intentaba, para examinarlo más despacio y más cerca.

—¿Qué voy á hacer? se preguntaba á sí mismo. En el licor destinado á celebrar una boda de amor voy á verter una bebida de muerte. En el primer abrazo que se darán, después de haberse buscado dos seres amantes por el mundo tanto tiempo, voy á interponer un crimen. Mi conciencia me aparta de este atentado; pero me impulsa mi voluntad. Esas víctimas, que el destino me designa, han amargado con eterna hiel toda mi vida y difundido ponzoña en mi sangre. Sus amores y sus venturas sólo han servido para sembrar de ódios y desventuras el camino de mi vida. Y tras tantos y tan grandes tormentos ¿voy á dejarlos en paz que gocen de su felicidad y aumenten mi desgracia? No puedo. Una fuerza ciega me arrastra al cumplimiento de un fin irrevocable. Sentid las emociones más dulces que puedan sentirse: el calor en la sangre, la aspiración á la soledad en el deseo, la esperanza en los latidos de la vida, el amor en todos los ímpetus de la voluntad, el goce próximo, la satisfacción completa; que al llegar á la realidad, al tocar todo cuanto ahora soñeis, vais á encontraros ¡infelices! con mi nefasta sombra. Algo más corrosivo que un veneno, algo más acerado que un cuchillo, algo más frío que la muerte, algo más temible que el infierno es la pasión de los celos y el espectáculo de vuestra dicha en los tormentos y en los torcedores de mi dolor y de mi desgracia. Preferiría yo plomo derretido en mis venas y habitacion eterna en el infierno, al tormento de oír resonar esos lábios juntándose con otros lábios para producir el eco de un

beso, más estridente en mis oídos que la sentencia inapelable de mi propia condenación. No. Que purgen los infames este minuto tanto como me han hecho padecer á mí en toda una eternidad. Que crean llevar el velo de las bodas y lleven el sudario de los entierros; que esperen caer en el tálamo de los amores y caigan en el hueco de los sepulcros; que su hogar, poblado de ilusiones, se trueque en ataúd, poblado de gusanos. Prefiero aborrecerme y maldecirme á mí mismo; pasar por monstruo ante el mundo; deshonorarme en la historia, indisponerme con Dios y precipitarme en manos de Satanás, ántes que ver á mi ingrata amada y á mi odioso rival bajo el mismo techo, en completa ventura, ricos y queridos, con la gloria por corona, con el aprecio de las gentes por premio, amándose en el amor mutuamente correspondido y reproduciéndose en sus hijos, cuando yo solamente conseguiría en la vida consumirme de celos y devorarme las entrañas de rabia. No, no puedo vivir así; por lo mismo que mueran ellos, y caigamos todos juntos bajo el peso de la misma maldición y de la misma desgracia en el océano de tinieblas á que nos condena nuestro invencible destino.

Y un resuello horrible se escapó de su pecho. Y tras el resuello cerró los ojos como si no quisiera ver lo mismo que iba á ejecutar. Y abrió con fuerza el pomo, cuyo tapon oponía invencible resistencia. Y después de haber abierto el pomo, abrió la redomilla donde se contenía el vino. Y mezcló ambos líquidos con un estremecimiento en cuyos espasmos aun se veía el último combate de la voluntad con la conciencia. Y después cogió febrilmente aquella mezcla extraña y la removió agitándola fuertemente. Y después de haberla agitado con fuerza y compuesto la mixtura con precipitación, arregló plato, copa, redoma, tales como los habia dejado Filippo, y lanzando una mirada al sitio aquel de alegría y regocijo próximo á convertirse en sitio de duelo y de lágrimas, abrió la ventana y se salió por ella, no sin dar al aire un suspiro en el cual parecía como que entregaba toda su alma.

Y mientras tanto, apercibida ya y dispuesta su muerte, lanzábase Filippo olvidando que pudiera existir sobre la tierra tanta maldad, en brazos del amor. La esperanza de toda su existencia se realizaba en aquel supremo instante. El deseo único, que le agujoneara con punzante aguja, estaba satisfecho. Su novia, su Lucrecia, la esposa de su alma, la musa de sus inspiraciones, la amada de su corazón, la virgen de sus idolatrías, la esperanza de sus esperanzas, la gloria de su pensamiento, tantas veces anhelada con anhelo angustioso y huida á sus amantes brazos con terrible perseverancia, entraba amorosísima bajo su techo y compartía con él toda la vida. A esta consideración, sus sentimientos se exaltaban con la vehemencia propia de su extraordinario natural, y la felicidad prometida y esperada tomaba los

espejismos fantásticos propios de su rica fantasía. Como en todos sus trances, la aspiración á la felicidad mezclábase y confundíase con la aspiración al arte. Veía su casa llena de ventura y su mente llena de inspiraciones. En aquel sagrado retiro iba á ser su vida como uno de esos lagos serenos en cuya linfa se retratan todas las estrellas del firmamento, y su conciencia como otro lago en cuya superficie se retrataran todos los ideales que pueden levantarse en el universo. A esta esperanza su temperamento, esencialmente naturalista, se completaba con verdaderos complementos idealistas. Ya que una mujer real, con cuya belleza soñara siempre, sin lograr otra cosa mas que reproducirla y retratarla tal como la veían sus ojos deslumbrados, ya que esta mujer real entraba en su poder, venía á mas venir la hora de soñar con otro tipo ideal mas cercano á las realidades eternas que las miserias y frágiles criaturas. Un nuevo artista se despertaba y surgía de esta suerte en el artista antiguo. Y este nuevo artista sentía vivísima inclinación á producir algo mas hermoso que la naturaleza á la cual prestara hasta entonces encendido culto. La fantasía del artista sentía ya palpar en sus entrañas el Verbo del Renacimiento, ó sea, aquel redentor nacido para encerrar en las perfectas y correctísimas líneas griegas la divina idea del cristianismo. Pintaba en tal momento el altar y capilla de la Virgen María en Spoleto y experimentaba una transfiguración extraña en su alma al calor de la nueva vida centuplicada por los rayos ardorosos de una completa felicidad. Hasta entonces, pobre siervo de la realidad, solamente había oído las voces de la naturaleza; desde aquella hora suprema oía el aleteo de inspiraciones mas idealistas, y sobre la espléndida luz de los mundos divisaba otra luz mas viva en el eterno Dios. Así puede decirse que, en aquella hora suprema, si el corazón de Filippo entraba por el amor en la felicidad, su inteligencia entraba por la inspiración en lo ideal. Otro artista mayor que el antiguo nacía en esta maravillosa transformación de su genio. Nunca, pues, había sido tan necesaria como entonces su existencia á la humanidad y á la Italia: que el espíritu nacional, como el espíritu humano, crecen con la gloria y el esplendor de los grandes nombres.

Transformado Filippo de esta suerte, aguardó á Lucrecia con la seguridad del amante dichoso y correspondido que no presiente ninguna desgracia ni ve ninguna sombra. Decidido á obedecerla en todo aquello que á sus mutuas relaciones tocase, esperó en el sitio designado, y esperó con amor, pero sin ninguna impaciencia. Cuando el grupo que formaban la dueña en su asno, la señora en su caballo y el fraile á pié, apareció ante sus ojos, dobláronse las rodillas de Lippi, y estuvo á punto de arrojarle á los piés de la hermosa jóven, objeto único de su culto. Uno y otro se contentaron, sin embargo, con mirarse mutuamente, y en aquella mirada, uno y otro se ratificaron con muda pero irrevocable ratificación la entrega completa de sus

respectivas almas. Los ojos de Lucrecia tornáronse al cielo, porque con esa inclinación á lo maravilloso, natural en el alma de toda mujer, solamente á un milagro evidéntísimo de la Virgen podía atribuir el casarse legítimamente con aquel sacerdote á quien le uniera el amor y de quien le separaba la conciencia. No había asombro en ella, porque si veía vencido un imposible, lo veía vencido por Dios. Filippo llegaba al matrimonio como el viajero, que ha andado mucho, llega al hogar; como el marino, que ha caído en naufragio, llega al puerto; como el combatiente, que ha combatido largo tiempo, llega á la paz. Era el término de las aventuras y el comienzo de la felicidad; el abandono de sus antiguas inclinaciones sensuales y el abrazo con una idealidad nueva, tanto en la vida práctica como en la vida artística. Glorioso, puesto que el laurel de la inmortalidad ceñía ya sus sienes; rico puesto que el producto de sus obras le procuraba la propiedad y el ahorro; estimado del mundo, puesto que un retrato le había valido el perdón del Sultan y un cuadro religioso la acogida del Papa; querido con cariño santo de la única mujer adorada con verdadero culto, proponíase reflexivamente hacer de su casa un templo, colocando en el altar visible de los lares domésticos á Lucrecia y en el cielo invisible de las ideas artísticas, como una virgen purísima, su nueva inspiración. El amor había hecho de él otro hombre y otro artista.

Sin apearse Lucrecia ni Brígida, sin detenerse apenas Serafin, siguiendo á pié Lippi con toda su comitiva de camaradas, discípulos y criados, pues cada rey de la pintura contaba entonces con su respectiva corte y cohorte, encamináronse todos juntos á la Iglesia, donde les aguardaba el sacerdote autorizado por los cánones á unir para siempre á Lucrecia y Lippi ante Dios y los hombres. La comitiva de los desposados se colocó en torno del altar, y el resto de la Iglesia quedó desierto, por haberse ocultado sigilosamente á todo el mundo la hora designada para tan extraño enlace. Mas no fué tanto el sigilo que no lo supiera quien, por atormentarse á sí mismo y atormentar á los demás puso empeño decidido en saberla. Ya estaba el sacerdote en la misa, Lucrecia y Filippo bajo el yugo, la comitiva en los escalones que conducían al pié del altar, cuando se deslizó por una de las naves laterales y se escondió en la sombra de una de las capillas más cercanas Guido Montaperto. El día de la frustrada boda suya apareció en toda la triste realidad á la viva memoria del jóven gentilhomme. Creía ver las calles adornadas, las muchedumbres alegres, la plaza de San Juan cubierta de flores, las lógias henchidas de músicos, las comparsas vistosísimas, el acompañamiento sin igual en la rica Florencia, los lábios del jóven orador vertiendo raudales de elocuencia, su prometida radiante de hermosura, y él mismo, vestido con la más rica vestidura y adornado con las joyas noviliarias de sus abuelos, radiante de felicidad y de esperanza. Cuando estas imagina-